

Si declama por sí mismo observa fijamente la expresión que produce en su auditorio, y se detiene de vez en cuando, á guisa de hombre que teme haberle fatigado, y haciéndose de rogar para proseguir la lectura. En los pasajes más bellos, y especialmente al final, rompen los aplausos, que según las reglas del arte se dividen en categorías. Comprende la una el trivial *bien, muy bien, admirable*; la otra el batir de palmas; la tercera los saltos sobre las sillas y las trepidaciones; en la cuarta se agita la toga, y así sucesivamente cada vez á mayor. Los oyentes ensalzarán al poeta hasta las nubes; el poeta no escatimará un cumplido al periodista, y dirá *Unus Plinius est mihi*, y el periodista Plinio publicará al siguiente día: «Nunca he saboreado mejor la excelencia de tus versos.» El abogado Régulo leyó composiciones familiares; Calpurnio Pison, un poema; Pasierno Paulo, elegias; Sencio Augurino, poesías ligeras; Virginio Romano, una comedia,

lia, y lo otro en impertinencia. Por este motivo, después de haberme ocupado de trabajos importantes, invierto siempre mi tiempo en algunas bagatelas. Para darlas á luz he adoptado el tiempo y el lugar oportunos con intención de acostumbrar á las gentes ociosas á oír las á la mesa. He escogido, pues, el mes de Julio en que hay vacaciones completas y he colocado á mis amigos en sillas arrimadas junto á muchas mesas. Cierta día acaeció casualmente que llegaron á buscarme para abogar en una causa cuando menos lo pensaba.

Aproveché esta coyuntura para hacer á mis convidados un ligero cumplimento y dirigirles á la vez mis excusas; porque después de haberles citado en corto número para asistir á la lectura de la obra, la interrumpí como cosa poco importante para correr al foro, donde reclamaban mi presencia otros amigos. Les aseguré de que observaba el mismo orden en mis composiciones, que siempre daba preferencia á los negocios sobre los placeres, á lo sólido sobre lo agradable, á mis amigos sobre mi propio. Por lo demás, la obra de que les dí cuenta es esencialmente variada, no solo por el asunto, sino también por la medida de los versos. Por eso desconfiando siempre de mi talento, suelo prevenirme contra el enemigo. Dos días leí en alta voz para satisfacer el anhelo de los oyentes; aunque otros suprimen varios pasajes, yo no salto ni suprimo nada, y se lo aviso á los que me escuchan. Lo leo todo á fin de poderlo corregir todo; lo cual no pueden hacer aquellos que solo leen los pasajes más esmerados. Con esto inducen á creer á los demás que tienen menos confianza en ellos que la que yo cifro en la amistad de mis oyentes. Efectivamente, se necesita amar mucho para no tener miedo de fastidiar á los que son amados. Además, tendríamos obligaciones con nuestros amigos si acudieran á escucharnos solo para divertirse? Para mí es indiferente y aun ingrato el que prefiera hallar en las obras de sus amigos la última perfección, á dársela por sí mismo. Tu amistad hacia mí no me permite dudar de que te agrada leer prontamente esta obra en su novedad. La leerás, pero retocada, atendido á que solo con el objeto de retocarla doy lectura de ella. Ya conoces mucha parte. Estos pasajes no te parecerán menos nuevos, ora porque han sido perfeccionados, ora porque á fuerza de repararlos se han borrado como acontece á menudo. Con efecto, cuando la mayor parte de un libro ha sido modificada, todo lo demás parece que se ha cambiado al mismo tiempo, aunque no sea así realmente.»

Titinio Capiton narró los últimos instantes de personajes ilustres, etc. (40). Plinio se consuela ó disgusta según sea numeroso ó corto el auditorio de tales lecturas (41).

Tal era el público á quien pretendía agradar Estacio, y al cual agradó en efecto. Jamás salta á la calle sin que le circundara numeroso séquito de amigos, y era una fiesta en Roma cuando enviaba billetes de convite para oír sus versos en el salón de Abascancio (42). Crispino, el más ardiente de sus admiradores, apresta todo lo necesario: convi-da, enardece, riñe á los que dan señales de tibieza, hace la señal de los aplausos, los reanima si la necesidad lo requiere; y entretanto el poeta declama sus versos, en los que, vibrando algunos débiles sonidos del escaso número de cuerdas que la tiranía ha dejado á la lira romana, cree conciliarse los triunfos del instante, y las alabanzas de la posteridad á un mismo tiempo.

¿Cuál será su recompensa? La gracia del emperador, y el insigne honor de abrazar las rodillas del Júpiter terrestre, pero para hartar su hambre no necesitará vender al actor Paris una de sus tragedias, atendido á que los bailarines y los cómicos tienen el poder y la riqueza, siendo los que crean los caballeros y los poetas, y dan lo que no saben dar, los magnates (43).

(40) *Epist.* I, 13. «Tenemos este año buena cantidad de poetas. En todo el mes de Abril casi no ha pasado un día sin que se haya leído alguna composición. Me encanta que las ciencias se cultiven actualmente, y que los talentos de nuestra época procuren darse á conocer, aun cuando se reúnen con mucha lentitud los oyentes. Con efecto, permanecen en su mayor parte sentados fuera, informándose de vez en cuando acerca de si el que debe recitar ha entrado, ó si ha acabado el prefacio, ó si ha leído la mayor parte del libro: entonces se encaminan por último al lugar señalado con pasos muy lentos, y eso sin aguardar tampoco á que termine la lectura. Al revés, se marchan mucho antes, los unos con algún pretexto ó de escondidas, los otros á la descubierta y sin ningún miramiento. No fué tal la conducta de Claudio César en otro tiempo, pues habiendo oído exclamaciones cierto día que se paseaba en el palacio, y sabedor de que Novaciano leía cierta obra original suya, se agregó á aquel príncipe de improviso al círculo de los oyentes. A la sazón todos quieren que se les ruegue mucho, por muy pocas que sean sus ocupaciones, luego no acuden y si lo hacen, se lamentan de haber malgastado el día, cabalmente porque no lo han malgastado. Pero los que no dejan de escribir por la ignorancia ó por el orgullo de semejantes gentes, son más dignos de alabanza.»

(41) NISARD, *Poetas latinos de la decadencia.*

(42) *Invitari auditores solebant per libellos et codicillos.* PLINIO.

(43) *Curritur ad vocem jucundam et carmen amica Thebaidos, lætam fecit cum Statius urbem, Promisitque diem: tanta dulcedini captos Afficit ille animos, tantaque libidine vulgi Auditur! Sed cum fregit subsellia versu, Esurit, intactam Pavidi nisi vendat Agaven! Ille et militia multis largitur honorem, Semestri vatum digitos circumligat auro.*

Pero Estacio solo sacará aplausos de sus ponderados versos. El orgullo que le han inspirado, no le permite atenerse á sus *silvas*; quiere componer un poema, ó más bien dos, no por inspiración, como Voltaire, sino con propósito deliberado, y llega á feliz remate si basta haber hecho la introducción de la *Aquileida* en doce libros de ochocientos versos cada uno, que contiene la *Tebaida*: quizá se proponía presentarnos completamente á aquel Aquiles, héroe de Homero, que en su concepto no había hecho más que bosquejarlo; como un escultor que pretendiera desleir en una serie de bajo-relieves el gran pensamiento del Moisés de Miguel Angel.

A fuerza de escribir un autor, por poco que sea su talento, acabará por dar á la lengua nuevas formas, expresivos ó elegantes giros; y en efecto se atribuyó al mérito de Estacio alguna invención de estilo.

Apesar de todo careció de la espontaneidad que enriquece una lengua, y no de la facultad de cambiar el modo ordinario de aplicarla, de encarecerla, desnaturalizándola, á fin de disimular la imitación. Así salió á veces de los lugares comunes y supo hallar caracteres verdaderos, dibujarlos con sencillez y lozania, aunque no sabía sostenerlos hasta el fin á igual altura. Su facilidad le fué nociva; era tan prodigiosa, que no temió alabarse de haber compuesto en dos días el epitalamio de Estela en doscientos setenta y ocho exámetros. Así enervaba la pujanza de un espíritu excelente y cultivado (44), si bien sacrificado á los defectos del tiempo.

Marcial, 40—103.—Marco Valerio Marcial fué otro de los poetas que compuso versos para todas las circunstancias (40): era español y nacido en Bilbilis. Dirigióse á Roma y fué á pedir pan á la corte de Domiciano. La mitad de los mil quinientos epigramas que escribió, consiste en repugnantes lisonjas en loor de Júpiter romano, en memoriales variados, por los cuales mendiga con mucho talento y sin la más mínima vergüenza, dinero, vestidos, privanza, comidas, y un hilo de agua para su casa de campo: «Hace poco pedí á Júpiter algunos miles de libras, y fué su respuesta: *Te los dará el que me da templos.* Se han dado templos á Júpiter, y no á mí las mil libras. Sin embargo había leído mi memorial con no menos bondad que cuando concede la diadema á los getas suplicantes, yendo y

viniendo por las avenidas del Capitolio. ¡Oh Palas, secretario de nuestro Dios Tonantel dime: si su ademán es ese cuando niega, ¿qué será cuando otorgue? Hablaba yo de este modo y me contestó Palas: «Insensato ¿crees por ventura negado lo que aun no se ha concedido?» (45).

Y en otro lugar: «Si me hallara invitado á cenar al mismo tiempo por César y por Júpiter, aunque estuvieran muy cerca de mí las estrellas, y el palacio de César á gran distancia, respondería á los dioses: «Buscad quien apetezca ser convidado por el dios Tonante; mi Júpiter me detiene en la tierra» (46).

He aquí, pues, á Júpiter muy inferior á Domiciano, y no solo en esta frase, sino perpétuamente, como si el crédito del dios hubiera menguado hasta el punto de haber sido una débil alabanza compararle al soberano del mundo. Por eso hablando de la reconstrucción del Capitolio, le dice á propósito de tanta magnificencia, que aun cuando Júpiter hiciera almoneda del Olimpo y de toda la hacienda de los dioses, jamás lograría reunir la décima parte del costo (47).

En otro pasaje ruega á Domiciano que suba lo más tarde posible á las regiones donde se bebe el néctar, añadiendo que Júpiter no necesita más que ocupar un puesto á la mesa, si quiere disfrutar de su compañía (48).

No obstante parece que ni estas lisonjas ni otras todavía peores auxiliaron en su pobreza á Marcial, que abrumado de deudas y con una capa raída mendigaba algunos sextercios. Vióse reducido á vender los regalos que había recibido para proporcionarse el sustento, é hizo versos sobre toda clase de manjares, á fin de ser convidado á saborear algunos (49).

Y sin embargo, en el seno de aquella miseria necesita sostener el peso de su fama! Necesita ser no solo tribuno honorario, sino también caballero honorario, *padre* honorario, sin empuñar por eso las armas, sin pagar el censo, sin tener tres hijos. Continuará cantando y ensalzando hasta las nubes el más mínimo beneficio que haga Domiciano, la más leve virtud ó la cualidad más imperceptible que llegue á descubrir en su persona. Una vez muerto Domiciano le maldecirá y ensalzará á Ner-va por haberse conservado hombre honrado bajo

(45) *Epigrama*, VI, 10.

(46) *Lib.* IV, 92.

(47) *Quantum jam superis, Cesar, coeloque dedisti Si repetas, et si creditor esse velis, Grandis in æthere licet auctio fiat Olympo, Coganturque dei vendere quidquid habent, Conturbabit Atlas, et non erit uncia tota, Decidat tecum qua pater ipse Deum... Expectes et sustineas, Auguste, necesse est: Nam tibi quod solvat non habet arca Fovis.* *Lib.* IV, 4.

(48) *Lib.* VIII, 39.

(49) Véase el libro XIII, titulado *Xenia*.

Quod non dant proceres, dabit histrio: tu Camerinos, Et Boreas, tu nobilium magna atria curas! Praefectos Pelopæa facit Philomela tribunos, Haud tamen invidias vati quem pulpita pascent. JUVENAL, V, 82.

(44) «Cultissimus poeta atque ingeniosissimus; neque enim nullus veterum aut recentiorum propius ad virgilianam majestatem accedere valuit; etiam propinquior futurus, si tam prope esse noluisse. Siquidem natura sua elatus, sicubi excellere conatus est, excrevit in tumorem.

ESCALIGERO, *Poéticos.*

un príncipe cruel (50); representará á Júpiter asombrándose de los ruinosos placeres y del oneroso lujo de aquel soberbio tirano (51).

La misma necesidad de adular produjo las obsenididades con que manchó sus versos (52), porque no tenía que adular solo á un hombre; sino las costumbres depravadas de la ciudad entera, y hasta cuando aguza la sal del epigrama contra alguno, lo hace siempre con el libertinaje de expresión más vil, más detestable, como si á la sazón nada hubiera bueno para excitar la risa más que los vicios que debieran causar sonrojo.

Con todo, á semejanza de Estacio, parece que Marcial fué capaz de saborear la vida doméstica y de comprender que la felicidad no consiste en el oro ni en el brillo. «¿Sabes qué cosas hacen á un hombre dichoso? Una fortuna adquirida sin fatiga y por herencia, un campo fértil, un hogar en que siempre haya lumbre; nada de procesos; un corto número de patronos; un espíritu tranquilo; fuerzas naturales; un cuerpo sano; una sencillez prudente; amigos adecuados; una mesa hospitalaria; un alimento sin arte; noches sin embriaguez y libres de desvelos; un lecho cómodo y, sin embargo, púdico; un sueño que abrevie las noches; amar la situación en que uno se encuentra; no ambicionar otra mejor; no temer ni desear el último día» (53).

Este epigrama que es uno de los mejores, revela una gran pobreza de poesía. Es una fría enumeración desprovista de imágenes. El mismo solía decir de sus versos: *Hay en ellos cosas buenas, las hay medianas, y malas más* (54). Las alabanzas que le han prodigado los comentadores, prueba hasta qué punto es posible apasionarse por un autor, cuando se ha envejecido en la tarea de encontrarle méritos de que carece (55). Jamás se halla en Marcial un sentimiento profundo; y nadie soportaría aquellas sales continuas, triviales, desabridas ó rebuscadas, á no ser por el lenguaje que frecuentemente es correcto y expresivo, tanto como podía serlo en una época en que sofocaba toda inspiración espontánea el miedo de excitar la desconfianza

(50) *Tu sub principe duro,
Temporibusque malis, ausus es esse bonus.*
Lib. XII, 6.

(51) *Miratur scythicas virentis auri
Flammam Jupiter, et stupet superbi
Regis delicias, gravesque luxus.*
Lib. XII, 15.

(52) Se excusa de ello alegando el ejemplo de sus antecesores: «Lascivam verborum veritatem, id est epigrammaton, linguam excusarem, si meum esset exemplum. Sic scribit Catullus, sic Marsus, sic Pedo, sic Getulicus.» Prefacio del lib. I.

(53) Libro X, 47.

(54) «Sunt bona, sunt quaedam mediocria, sunt mala plura.»

(55) En cambio Andrés Navajero quemaba todos los años en un día fijo algunos ejemplares de Marcial en holocausto al buen gusto.

za de soberanos suspicaces, ó desagradar á intolerantes protectores.

Pero la índole de las obras de Marcial, instantáneas de ejecución como de pensamiento, le salva de uno de los defectos más habituales entre sus contemporáneos, el de no ser más que pálidos reflejos del siglo de Augusto. Seguro de su imaginación inventa modos nuevos y expresivos, y emplea felizmente las expresiones que los extranjeros introducían en la lengua de la ciudad cuyas murallas se habían abierto para ellos. Distinguióse, pues, de sus iguales creando una poesía, no de erudición ni de reminiscencia, sino inspirada por las sensaciones del momento, por la vista de los vicios presentes, poesía que hablaba el idioma usado en la sociedad de entonces.

Lucano.—Marco Anneo Lucano (38 65), natural de Córdoba, fué también español, y sobrino de Séneca por desgracia. Hizo su educación en Roma con aquellos gramáticos y aquellos retóricos encargados de pervertir todas las felices disposiciones de que podían estar dotados los talentos. Su tío le introdujo en la corte, á fin de que pudiera practicar allí el arte de la lisonja que le habían enseñado en la escuela. Además Séneca le ejercitaba en componer y en hacer ampliaciones desnudas de ideas y de sentimientos, alentado su excesiva facilidad en vez de refrenarla, y presentándole en aquellos círculos donde se iba á sembrar fastidio para alcanzar aplausos. Nerón, que había estudiado con él filosofía y poesía, le hizo cuetor antes de la edad requerida, luego su teniente, y augur en seguida; pero alteraron su amistad rivalidades del oficio. Acostumbrado Lucano á triunfos desde la infancia, osó hacerse competidor de Nerón y jactarse de su victoria. Entonces le prohibió leer en lo sucesivo en asambleas; y el poeta irritado se dejó arrastrar por Pison á una conspiración que fué descubierta. Preso Lucano, denunció á sus amigos y á su propia madre: no por eso dejó de ser condenado, y abandonó á lo héroe una vida que había aspirado á conservar como cobarde.

Aquellos que atribuyen la inferioridad de la *Farsalia* á la elección de un asunto demasiado reciente, que vedaba la ficción, deducen consecuencias erróneas de principios arbitrarios. Una epopeya debe fundarse en un hecho al que haya dado nacimiento la inspiración más que el frío cálculo. La guerra entre César y Pompeyo era la lucha de dos sistemas políticos opuestos, y había allí sobrada especulación para suministrar asunto de un poema. Por otra parte Lucano no comprendió el sentido de esta lucha, dado que piensa que el ganar una batalla hubiera podido producir el restablecimiento de la antigua república, es decir, consolidar la tiranía de los patricios sobre el pueblo. Ahora bien, el hombre que echando de menos lo pasado, no endereza al porvenir las fuerzas de su talento y la energía de sus sentimientos, nunca será poeta. Pompeyo no podía ser tampoco héroe de un poema, es decir, un personaje popular cuan-

do no era más que una medianía, y cuando se mostró muy inferior á su papel en la última guerra, durante la cual se abandonó á las lisonjas, con las que se había dejado deslumbrar repetidamente. César, acaso el romano más insigne, era notablemente poético, en razón de ser popular por su actividad infatigable; pero Lucano lo toma por mal lado; desfigura sus buenas acciones, descuida sus verdaderas faltas, y queriendo pintarle como un ambicioso furibundo que adopta siempre el medio más atroz en el caso de duda (56), recurre á particularidades absurdas de todo punto. En *Farsalia* le hace examinar todas las espadas á fin de calcular por la sangre en que están empapadas el valor de cada guerrero; se presenta acechando al que mata con serenidad ó con tristeza, contemplando los cadáveres amontonados sobre el campo de batalla, negándole los honores fúnebres, y mandando que le sirvieran la comida sobre una cumbre para gozar lo más posible del espectáculo de aquellos restos humanos. ¿Consigue á pesar de todo estorbar que aparezca César como el primer personaje de la acción? Vé el lector por ventura otra cosa en lo concerniente á Pompeyo, que las lisonjas con que le acaricia el poeta por el mismo tono en que adula á Nerón?

Agrada su amor á la libertad: seduce á las almas generosas la brusca ingenuidad de sus expresiones; pero si se penetra en el fondo, no se encuentra nada más que lo que experimentaban todos los romanos instruidos de aquel tiempo, un horror profundo á las guerras civiles, nacido de la afición al reposo y del agotamiento de las fuerzas: un recuerdo casi religioso por la antigua república, procedente, no de la inteligencia de su instituciones, sino de los ejercicios de las escuelas, donde los pedantes proponían los inocentes elogios de Bruto y de Catón, á los futuros ministros de Nerón y de Domiciano. Semejante sistema de educación debía naturalmente traer por fruto un poema en que se culpa á los dioses del infortunio de la patria, en que están consideradas bajo el aspecto más superficial las discordias civiles; es decir, en que se pone de manifiesto cómo se matan entre sí hermanos, padres é hijos, en que se encomian las intempestivas virtudes de Catón, que tanta parte tomó en aquellas guerras, y en que se califica su juicio de superior al de los dioses (57). No creyendo Roma en los dioses, no podían éstos representar en la acción papel ninguno, falta que suplió el poeta con un sobrenatural del género más desgraciado. Unas veces es la patria que bajo la figura de una anciana aspira á alejar á César del Rubicon: otras son magos que resucitan cadáveres para sacar de ellos oráculos, ó bien son profecías de sibilas y presagios naturales, más amenudo es la Fortuna,

que se considera presidiendo como árbitra los destinos humanos.

El que ha llamado este poema la *Efemeride* en verso de la guerra de *Farsalia*, ha dicho la cosa más distante de la verdad, haciendo, sin apercibirse de ello, la sátira de los periódicos. Efectivamente, en Lucano, como en éstos, se hallan ensalzadas las cosas pequeñas; las grandes no son comprendidas ó están denigradas: se fija la atención en insignificantes pormenores, y se aparta de lo capital: el juicio cede el puesto al sentimiento, se amenguan los grandes debates, porque solo se ponen de manifiesto los accidentes momentáneos.

Falseada la historia en la *Farsalia*, nada se encuentra que revele el corazón ni haga penetrar la vista en sus mil pliegues. Allí se ven bosquejadas virtudes inflexibles ó monstruosas tiranías, no esos infinitos matices de sentimiento en medio de los cuales flota la naturaleza humana. Sin embargo, esta es la naturaleza que cumple estudiar al poeta, y no los preceptos de los retóricos, ni los métodos de los declamadores, en cuya escuela aprendió Lucano á hacer sus largas descripciones, sus digresiones estemporáneas de todo punto, aprovechándose de la más leve conyuntura. Es verdad que allí es únicamente donde su muestra poeta; y si bien desprovisto de buen criterio y de gusto, aspira á suplir con la erudición la falta de variedad, el entusiasmo y la dignidad con la pompa de las máximas estóicas, y con frecuencia apenas bosqueja un concepto ó es incomprendible. Su colorido es uniformemente sombrío. Si á veces se nota en su verso magnificencia, es casi siempre duro y contorneado. Abusa de los detalles, y si le acontece remontarse á mayor grandeza, no posee el arte de detenerse á tiempo, y va más allá de lo que se propone. Como si no fuera suficiente el horror de una guerra más que civil, cree necesario mostrarnos las serpientes errantes por bandadas en los desiertos de la Libia; los árboles de una selva no caerán, por lo espesos que están unidos unos á otros, aún cuando los corte el hacha; serán las guerras enteramente homicidas y correrán arroyos de sangre; quedarán los muertos en pie á consecuencia de lo estrechado de las filas, se abrirán en las heridas bocas como el antro de la Pitia; el clamor de los combatientes tronará con más estruendo que el Mongibelo.

Se pretenden excusar sus defectos diciendo que la muerte impidió dar la última mano á su poema, como si un trabajo de revisión pudiera modificar el plan general, como si no hubiera sido lo mismo de Virgilio. Pero la lengua épica que Virgilio había transmitido, fué pervertida por Lucano, de la misma manera que Séneca pervirtió la prosa. Lo que el primero había dicho con límpida pureza, éste lo tortura, lo exagera, lo ahoga completamente en una pomposa miseria de palabras, de frases, de antítesis y énfasis.

Hallábase, no obstante, dotado de imaginación y de pujanza poética en más alto grado que Virgilio; pero éste tuvo arte para apoderarse de tradiciones

(56) *Cesar in armas furens, nullas nisi sanguine fuso
Gaudet habere vias.* Lib. II, 439.

(57) *Causa diis victrix placuit, sed victa Catoni.*

no discutidas é igualmente queridas por la nación entera: Lucano se atuvo á un hecho acerca del cual estaban en desacuerdo sumo los intereses y las opiniones. Virgilio aduló más bien á Roma que á sus soberanos. Resignado Lucano á obedecer á Nerón, exaltaba á un hombre que no era el del pueblo, y que á lo sumo sólo excitaba simpatía en la facción patricia. Virgilio hizo por sí mismo su poema; el de Lucano se hizo en aquellas reuniones de amigos y comensales que minan al autor igualmente con sus críticas que con sus elogios. Virgilio llevó á remate su obra en secreto, desconfió de ella hasta el punto de encargarse á la hora de su muerte que fuera arrojada á las llamas; Lucano embriagado con los aplausos que había recogido á cada lectura, se persuadía de que sus versos, como los de Homero y de Nerón, serían leídos eternamente (58); y los recitaba al morir como para darse á sí propio la seguridad de que aquel que le quitaba la vida, no le arrebatara la gloria que había conquistado.

Perdónesenos tanta rigidez respecto de faltas comunes también á nuestra época, y que han perdido ó perderán á otros muchos insignes talentos.

Tampoco reconoceremos más que un débil mérito de estilo á otros dos poetas épicos, Valerio Flaco y Silio Itálico. Desprovistos de ese ingenio que sabe inventar y coordinar, escogieron su asunto, no á impulsos de un sentimiento, sino por erudición ó por recuerdo. Para sustentar su medianía hubieron de recurrir al resorte común del entusiasmo fuera de tiempo, de sentimientos convencionales, especialmente de descripciones, expedientes de aquellos á quienes la naturaleza no hizo poetas.

Valerio Flaco, 111.—Marcial aconsejaba á Valerio Flaco, nacido probablemente en Padua, abandonar los versos por el foro, carrera lucrativa en tiempo de decadencia. Acaso el poeta epigramático cubría con la idea de una ventaja pecuniaria un consejo que le daba en virtud de haber comprendido cuan mal le había organizado la naturaleza para la poesía (59). Con todo, Flaco se atrevió á emprender un poema, *los Argonautas*, en que se propuso imitar á Apolonio de Rodas. No podía ser peor la elección en lo relativo al asunto y al modelo. Allí se encuentra todo lo necesario para un poema, nada de lo que se requiere para una obra de arte intachable; no el carácter de la época ni el interés dramático ni la revelación del gran objeto de aquella expedición, que ciertamente merecía la pena de ocupar á una sociedad culta y positiva.

(58) *Nam si quid latius fas est promittere musis,
Quantum smyrnæ durabunt vatis honores,
Venturi me teque legent (Nerón): Pharsalia nostra
Vivet et à nullo tenebris damnabitur ævo.*
IX, 883.

(59) *Quid tibi cum Cyrrha? Quid cum Permessidis
undæ?*

Preñado de las descripciones y de las digresiones enseñadas por los alejandrinos, las multiplica hasta el exceso. Entra en mil pormenores de viajes y de astronomía: su erudición mitológica es maravillosa: sabe decirnos á punto fijo qué dios ó qué diosa preside los destinos de tal ó cual ciudad, de tal ó cual individuo; cuántos leones figuran en la historia de Hércules; el grado de parentesco que une á cada héroe con los dioses, y conoce la historia exacta de los adulterios de éstos. Pero carece de la sencillez de los antiguos tiempos que induce á creer en todo, y de la crítica de los siglos adelantados, que escudriña el sentido oculto.

Flota su estilo entre las reminiscencias de los libros, y cae en el lenguaje familiar sin alcanzar á la naturalidad nunca. Es más atrevido y más elegante cuando no imita á Apolonio (60).

Silio Itálico, 25-100.—Silio Itálico tuvo mejor inspiración al escoger su asunto; pero desprovisto de imaginación, no hace más que poner en verso lo que narró Polibio tan perfectamente, y tradujo con tanto esmero Tito Livio, cuya prosa tiene imponderablemente más poesía que la apoeyada de Silio. Este, fiel á lo que ha aprendido en las escuelas, á fin de elevar la historia á la dignidad épica, le añade inoportunos incidentes sobrenaturales é inverosímiles ficciones: á pesar de todo, la acción languidece, y no alcanza á disimular este defecto lo bien acabado de algunas descripciones.

Silio conocía á fondo los mejores autores, y era tan apasionado á Cicerón y á Virgilio que compró dos casas de campo que habían sido de su pertenencia; y aún celebraba todos los años el aniversario del nacimiento del cantor de Eneas. Tributaba á los clásicos un culto más ilógico, sacrificándoles su propio entendimiento, haciendo entrar á la fuerza sus pensamientos en los hemistiquios que tomaba de ellos, subordinando, por decirlo así, las ideas á las palabras, y llenando con gran copia de erudición y de memoria el lánguido vacío de su poema (61), que ni aún siquiera tiene los brillantes defectos de sus contemporáneos; defectos que á los ojos de algunos pasan por bellezas (62).

Plinio el Joven dice que Silio Itálico adquirió el valimiento de Nerón dedicándose en su obsequio al espionaje, si bien redimió esta infamia con una

(60) Los primeros libros de la *Argonautica* fueron hallados por el florentino Poggio en la abadía de San Galo; los demás fueron descubiertos posteriormente. Juan Bautista Pio hizo una edición de ellos en 1519, supliendo con versos de su cosecha los que faltan en los libros VIII, IX y X.

(61) Plinio el Joven, su amigo y encomiador, dice: «Scribat carmina majore cura quam ingenio.»

(62) Petrarca trató después, en su *Africa*, el asunto de la segunda guerra púnica, en la persuasión de que se había perdido el poema de Silio, ó según afirmaron otros malignamente, en la creencia de que poseía el único ejemplar de esta obra. Poggio descubrió también este poema durante el concilio de Constancia.

vida virtuosa, llegando á ser hombre de buena reputación. Fué tres veces cónsul, procónsul en Asia en tiempo de Vespasiano; y se retiró después con las manos llenas de latrocinios á la Campania, donde vivió hasta que, atacado de una enfermedad incurable, se dejó morir, como sea que entonces esto parecía virtud.

A esta época pertenece también probablemente Terenciano Mauro, autor de un poema sobre las letras del alfabeto, las sílabas, los pies y los metros poéticos. Tratando este asunto árido con todo el talento y toda la elocuencia de que era capaz, para ayudar al conocimiento de la prosodia latina, juntó el ejemplo al precepto, haciendo uso de versos que tenían la misma medida que aquellos de que él hablaba.

Liricos.—Lucilio el Joven, amigo de Séneca, cantó la *Erupción del Etna*. Sólo conocemos el nombre de los poetas líricos de esta época; Cesio Baso, amigo de Perseo, Aulo Septimio Severo, Vestricio Espurina. Quizá pertenezcan también á este tiempo los dísticos morales (*Disticha de moribus, ad filium*) de Dionisio Catón, atribuidos al Censor equivocadamente, y que gozaron de inmenso crédito en la Edad Media.

Calpurnio.—De Julio Calpurnio Sculo quedan muchas églogas, que si le señalan el segundo lugar entre los poetas bucólicos latinos, le dejan no obstante á mucha distancia de Virgilio. No puso á semejanza suya en escena pastores de ideal naturaleza, sino á semejanza de Teócrito, segadores, leñadores, hortelanos verdaderos en su sencillez y en su rudeza; y para imitarlos mejor afectó un modo de hablar desusado. Es interesante para la historia la séptima égloga en que á su vuelta de Roma, cuenta un pastor las luchas que ha visto en el anfiteatro.

Pervigilium Veneris.—Llamábanse *pervigilia* ó *vigilia* (παινήγιδες) ciertas solemnidades nocturnas que, habiendo llegado á ser ocasiones de desórdenes, fueron reducidas por la ley á un número muy corto, y aun se excluyó de ellas á los hombres y á las personas nobles. Viéronse muy pocas en tiempo de la república, y se hicieron más frecuentes bajo el imperio. Probablemente la velada de Venus fué introducida por Augusto. Allí formaban coros las doncellas; y después de un banquete se entregaba la juventud á bailes que se prolongaban durante tres noches consecutivas en el curso del mes de Abril (63). Posteriormente esta conmemoración del nacimiento de Quirino fué celebrada en una deliciosa isla del Tíber, en que los ciudadanos celebraban al abrigo de tiendas una fiesta de las más alegres, presidida por un cónsul ó por el prefecto. Quizá estaba destinado el *Pervigilium Veneris* á cantarse en aquella ceremonia. Es un corto poema en loor de la diosa, madre del universo y de todos los animales y protectora del imperio.

(63) OVIDIO, *Fastos*, IV, 133, y en otras partes.

Pero si de estos poetas se tratara de citar un pasaje verdaderamente sublime ó patético, de aquellos que aceleran los latidos del corazón ó hacen tomar vuelo á la fantasía, una pintura á la vez exacta y sorprendente de los caracteres, situaciones reales del corazón y de la vida, no sabríamos donde encontrarlo. A veces superan estos poetas á los del siglo de Augusto en abundancia y en riqueza de sentimientos; pero su nûmen se evapora en sentencias y en imágenes, y no pueden seguir el curso de una pasión progresivamente, hacen consistir el arte en dar vueltas y revueltas á una idea en todos sentidos, en vencer las dificultades al describir lo que no debe ni puede ser descrito. Cuando bastaría la voz propia, acompañada de un epíteto expresivo, hacen gran alarde de ciencia y de anatomía; y enderezándose al efecto de la imaginación, lo malogran, y echan á perder lo que es realmente bello.

Dramáticos.—Verdadero teatro eran todavía el circo y la gimnástica, á los cuales había extremada afición. Roscio, amigo de Cicerón, la actriz Dionisia, los mímicos Plubio, Siro y Laberio, habían cedido el puesto á las pantomimas, en que no tenían que temer los emperadores las saetas de la palabra. Y sin embargo, continuaban los espectáculos sangrientos. En tiempo de Gordiano III había dos mil gladiadores pensionados por el Estado; Calígula, Caralla y el mismo Adriano, descendían personalmente á la arena; y Cómodo cargaba espada en mano á los gladiadores armados de un palo. Domiciano hizo luchar juntos enanos y mujeres. Se quiso ver á los atletas pelear con los ojos vendados: posteriormente se ofrecieron en el circo batallas verdaderas; Heliogábalo dispuso un combate naval en canales donde corría vino. Mientras se degollaban recíprocamente el cisne de Leda y el toro de Pasifae, representábanse en otro lugar las más repugnantes obscenidades. ¿Cómo había de prosperar el arte dramático en medio de todo esto?

Tragedias de Séneca.—No hay uniformidad de pareceres acerca de quién es el autor de las tragedias vacías de acción y con grande hinchazón de estilo, generalmente atribuidas á Séneca. Basta saber que son obra de un estóico, que hace hablar y morir á Polixeno y al joven Astianax como un Zenón ó un Catón de Utica. Sin embargo, no es tan fiel al estoicismo que no reniegue de él á veces; hasta el coro (muy degenerado del de los griegos) después de haber envidiado la felicidad de Príamo en los Campos Elíseos, dirá en la misma tragedia que todo acaba con la muerte (64). En estas tragedias es la pasión falsa, contradictoria, siempre exagerada, así en lo bueno como en lo malo. Pinta

(64) En el primer acto de las *Troyanas*.
..... *Felix Priamus.*
Dicimus omnes.
..... *Nunc Elysi*
Nemoris tutis errat in umbris

el autor con preferencia el furor y los caracteres atroces: ama los colores más pronunciados, sin complacerse jamás en la sosegada armonía de los cuadros ni en la marcha graduada de las pasiones. Debe sentirse el espectador poseído de asombro, aterrado desde el principio y no lograr tregua ni reposo. Hasta las mismas mujeres respiran una energía masculina de amor carnal, de furores insensatos, hasta tal punto, que Fedra envidia á Pasífae, y exclama: *A lo menos era amada*.

Hombre de imaginación sin juicio, con más talento que gusto, desprovisto de ingenio dramático, no acierta este escritor á concebir la tragedia como un todo cuyas partes se encadenan, ni ofrecer esa variedad de caracteres en que el observador se recrea. Ni aun nos representa naturalmente las situaciones que seducen al vulgo. Es verdad que sabe derramar el colorido trágico en sus relaciones, y hallar pensamientos atrevidos, lacónicas sentencias, que si bien se hallan frecuentemente fuera de situación, han parecido á Corneille, Racine, Alfieri y Weisse, dignas de ser imitadas. Quizá es allí donde ha tomado la tragedia moderna esa pompa y ese aire de declamación que tanto se alejan de las tradiciones griegas, y esas respuestas cortas y de bulto, que antes jamás se hallan en parte alguna, y que después han parecido bellezas (65).

Hemos hablado de estas tragedias (66), cual si

*Interque pias felix animas
Hectora quarit.*

Y en el segundo acto.

*Ut calidis fumus ab ignibus
Vanescit spatium per breve sordibus,
Sic hic quo regimur spiritus effluet;
Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil. . .
Quaris quo jaceas post obitum loco?
Quo non nata jacent.*

(65) En *Tieste*, Atreo le sirve las carnes de sus hijos degollados, y le dice:

*Expedi amplexus pater;
Venere natos ecquid agnoscis tuos?*

Tieste responde:

Agnosco fratrem.

Furiosa Medea por haber sido vendida, exclama entre otras cosas:

*Parta jam, parta ultio est;
Peperi.*

Y cuando su nodriza se compadece porque ya no le quedan deudos ni riquezas, ella responde:

Medea superest.

En el *Hipólito* pregunta Teseo á Fedra qué delito cree que va á expiar con su muerte, y ella responde:

Quod vivo.

Se encuentran otros muchos rasgos de esta clase. (66) Las diez tragedias son: *Medea*, *Hipólito*, *Agamemnon*, *las Troyanas*, *Hércules furioso*, *Tieste*, *las Fenisas* ó *la Tebaida*, encomiada por algunos como digna del siglo de

todas fueran de una misma pluma; pero el estilo revela diferentes manos, y debemos considerarlas como destinadas á ser declamadas en las reuniones á la sazón en moda, no á ser representadas. Hállase en la *Medea*, á que se da la preferencia sobre las demás, un coro de corintios, en que se pretende ver una profecía del gran descubrimiento de Colón (67); habiéndolo anunciado en tal caso un español catorce siglos antes de que España cooperara á tan alta empresa.

Satíricos.—Generalmente la sátira es un género peligroso, que rara vez aprovecha, por no decir nunca, á aquellos cuya corrección se pretende. Infructuosamente crea enemigos, y arrastra amenudo al censor desatentado á asestar sus tiros contra lo que más debería respetarse, la virtud, las convicciones profundas, y la actividad desinteresada. Sólo pueden merecer alabanza un corazón benévolo, y la intención evidente de hacer á los hombres mejores.

¿Es esto por ventura lo que se encuentra en los satíricos latinos? Hemos visto á Horacio exponer verdades como resultado de la experiencia, encomiar pequeñas virtudes domésticas, dar lecciones minuciosas sobre cosas que en verdad no se aprenden hasta que han encanecido los cabellos; pero ama las costumbres que describe; se contenta con hallar asunto de risa, sin querer enderezar á los demás hacia el bien. Elogiando, á ejemplo de Augusto, las antiguas virtudes y abrazando los vicios modernos, se mostraba él mismo vicioso por no inspirar recelos á la corrupción que provocaba.

Juvenal 42-122.—Sobrevinieron tiempos peores, y Décimo Junio Juvenal asegura que la indignación le dicta sus versos. Con efecto, á primera vista se diría que afectado á causa de la ignominiosa decadencia del imperio, lejos de mofarse se enfurece, y da vado en sus versos á una generosa ira. Pero si profundizais algo más que la corteza, hallais un declamador honrado, que jamás siente hondamente. A estilo de los retóricos desenvuelve su tesis, no pasando de una cosa á otra ligeramente, sino empleando tanto arte, que se hace oscuro, y manifestándose con propósito deliberado, grave hasta en la burla.

Cuando la adulación ha gangrenado todos los corazones, se complace uno en oír contra la corrupción tan enérgica protexta; pero no olvidemos que Juvenal publicó sus sátiras en tiempo de Tra-

Augusto, y hasta como preferible á cuanto hizo Grecia, á la par que Escalígero vé en ella la obra de algún escritor escolástico; de todas las tragedias latinas es la única que no tiene coros. Vienen en seguida: *Edipo*, imitada del *Edipo rey* de Sofocles; *Hércules en el Oeta*, y *Octavia*, cuyo asunto es romano y que de ningún modo puede ser de Séneca, ya que declama contra el siglo.

(67) *Venient annis sacula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos delegat orbis,
Nec sit terris ultima Thule.*

jano, habiendo cesado el mérito de la franqueza, puesto que ya no existía ningún peligro; y que trata de loco al que por dar cima á una acción eminente arriesga la seguridad que acompaña comunmente á una vida oscura ó la ausencia de talento. Es verdad que se pregunta uno, *¿habla con formalidad ó de chansa?* pregunta que hay necesidad de hacer á cada instante, por lo frecuentemente que le ocurre acabar una declamación violenta con un epigrama delicadamente agudo ó con una comparación alambicada. Nerón, asesino de su madre, es un Orestes, aunque peor que éste por haber salido en el teatro. Al narrar que un egipcio de Coptos ha sido devorado por los habitantes de Tentira, á causa de la diferencia de culto, se pone á demostrar la atrocidad del desafuero, en atención á que las serpientes no se comen á las serpientes, y á que el oso vive seguro entre osos; termina por preguntarse qué hubiera dicho de esto Pitágoras, que preceptuaba á sus discípulos abstenerse de ciertas legumbres (68).

Se propone contar en sus dieciseis sátiras cuanto los hombres piensan, hacen ó sufren (69). En la primera se queja de que ya no existe la libertad del discurso, y para evitar el peligro, dice que no se las habrá más que con los muertos. Alude la segunda á los filósofos de exterior severo, y corrompidos interiormente, y á los magnates que son modelo de depravación. En la tercera que es de las más vivas, bosqueja las dificultades de Roma y los inconvenientes de una gran ciudad. Una pone en ridículo al Senado convocado gravemente por Domiciano para deliberar acerca de la salsa en que estaría mejor condimentado un rodaballo que le habían enviado del Adriático; otra va dirigida contra las mujeres vanas, imperiosas, disimuladas, libertinas, avarientas, supersticiosas. En esta demuestra que la nobleza no consiste en el número de abuelos, sino en el mérito personal. En aquella da á un amigo, á quien convida á cenar, la lista de los platos que han de servirle, y de aquí toma ocasión para hacer el elogio de la frugalidad y la sátira del lujo. Más lejos convida á una fiesta á un amigo suyo, que ha escapado sano y salvo de un

(68) En su primera sátira, dice: «¿Cómo se prescinde de escribir sátiras á la vista de una ciudad perversa? ¿Quién puede contenerse con una voluntad de hierro, cuando encuentra la litera nueva del abogado Matón llena con su enorme panza? ¿Pues qué! ¿He de presenciar tantos vicios sin azotarlos con mis versos? ¿Quién puede dormir en medio de esos padres que corrompen á sus nueras por sobra de avaricia; en medio de esos adolescentes adúlteros y de esos esposos infames? A falta de talento natural es la cólera la que me dicta estos versos, tales como Cluvieno y yo podemos hacerlos.»

Hé aquí como el ardor patriótico se evapora en personísima agudeza.

(69) *Quidquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas,*

Gaudia, discursus, nostri est farrago libelli.

nafragio, y para que no crea que el alborozo que experimenta es fingido, previene que el convidado tiene hijos, y se pone á bosquejar los artificios que suelen emplearse para adquirir la herencia de los célibes (70).

Nos describe á Roma llena de griegos gramáticos, de retóricos, de geómetras, de pintores, de augures, de saltimbanquis, de médicos, de magos, de aduladores y de seres ruines. Llegaron primeramente á la ciudad con una carretada de higos y de ciruelas, y después se dedicó cada cual á algún oficio. Estas gentes ponderan el talento de un tonto, hacen un Hércules de un lisiado, prodigan vilmente la alabanza, y alcanzan crédito; vengán á su patria avasallada, corrompiendo á sus vencedores. Allí el judío se esconde en los bosquecillos de Numa, obligado á pagar hasta la sombra de los árboles de que han sido expulsadas las musas. Reclinando el cliente sobre la misma mesa que su patrono, sufre allí la humillación continua de ver como le sirven el pan tierno, puro el vino y cristalina el agua, á la par que él no tiene más que una galleta de harina enmohecida, agua cenagosa, y el olor de las frutas y de las golosinas, además de las burlas del dueño de la casa; y para hacerle la corte ha abandonado antes del alba á su mujer y á sus hijos, ha llegado á pasearse sobre las heladas baldosas de su palacio! El rico admira al poeta, le presta su salón para leer sus versos, y sus libertos para aplaudirle, pero enseguida le despide en ayunas. El historiador no está mejor remunerado que un amanuense; el diezmo del salario del dramático se aparta por el preceptor y por el mayordomo. Es abogado á la moda el que ha mandado sacar su busto y su estatua, que tiene ocho porteros, muchos anillos, y lleva litera detrás, á la cual sigue un numeroso cortejo de amigos; mientras que otro que no es más que hombre honrado, recibe en recompensa de sus fatigas un jamón seco, mal pescado y peor vino; ó si al cabo recibe alguna moneda de plata, está obligado á repartirla con los corredores que le proporcionaron el cliente.

El que quisiera juzgar por Juvenal de la vida privada de los romanos, que pinta con colores bastante sombríos para estar en armonía con el cuadro que ha trazado Tácito de su vida pública, correría riesgo de caer en error prestando fé á este gracioso embustero, que por engolfarse en la hipébole y en la declamación, la contempla bajo un falso punto de vista.

(70) ¿Qué dirán ciertos preceptores y ciertos versificadores del día, viendo que Juvenal reprobaba ya como absurdo, hace catorce siglos, el empleo de la mitología en los versos?

*Nota magis nulli domus est sua, quam mihi lucus
Martis, et aoliis vicinum rupibus antrum
Vulcani, quid agant venti quas agat umbras.
Æacus...*

Sat. I.

Tales eran las costumbres, que para corregirlas se necesitaba otra cosa que la risa de un poeta. No podía erigirse en reformador el que lamentándose de que la religión está descuidada, hace escarnio de ella (71); el que opone á los vicios más vergonzosos aforismos doctorales de una virtud absoluta y al mismo tiempo vaga (72); el que no sabe aconsejar á los padecimientos otro consuelo que la fuerza de alma y el desprecio de la muerte: *bienes, añade, por los cuales se pueden ofrecer á los dioses los gruesos intestinos de un cerdo blanco* (73); el que después de haber presentado en toda su desnudez las miserias del pobre, comunes á todas las épocas ó especiales de aquella, dice por vía de insinuación ó de consejo, que todos los pobres de los tiempos antiguos se hubieran desterrado voluntariamente de Roma (74).

No alcanzamos, pues, en qué pudo ser útil á sus contemporáneos. Por lo que hace á la posteridad, se felicita, al leerle, de haber mejorado mucho; pero retrocede á Horacio, cuyos semicaracteres se hallan reproducidos á menudo en los semihombres de nuestro siglo.

Escribiendo la sátira con un estilo fácil y popular había dado Horacio un inimitable ejemplo (*sermões per humum repentes*), los que vinieron posteriormente se complacieron en un estilo cortado y amanerado; pero Juvenal superó á todos por su áspera energía. En sus escritos, el verso, la frase, los vocablos presentan una originalidad vigorosa, fruto de un asiduo trabajo, no de la naturaleza; no hay una sola palabra ociosa, ningún pasaje parásito, nada que no añada fuerza, nada de imitación que sacrifique á la expresión el pensamiento.

Juvenal, nacido en Aquino, hizo su educación en las escuelas de declamación, y siguió la carrera del foro hasta la edad de cuarenta años. Habiendo recitado á algunos amigos suyos una sátira contra Domiciano, y contra un poeta lisonjero suyo, fué tan aplaudido, que se consagró enteramente á este género de composición. Algunos rasgos mordaces, que creyó Adriano dirigidos á su persona, le valieron, siendo ya octogenario, ser enviado á Egipto, donde por mofa se le dió el mando de una cohorte. Murió allí lleno de pesadumbre y de vejez.

(71) Sátira XIII.

(72) *Tranquilla per virtutem patet unica vitæ.*
Sat. X.

(73) *Un tamen et poscas aliquid, vorasque sacellis
Exta et candiduli divina tomacula porci
Orandum est ut sit mens sana in corpore sano;
Fortem posse animum, mortis terrore carentem...
Nesciat irasci, cupiat nihil; et potiores
Herculis arumnas credat, sævosque labores
Et Venere, et cœnis, et pluma Sardanapali.*
Sat. X.

(74) *Agmine facto,
Debuerant olim tenues migrasse Quirites.*
Sat. III.

Persio.—Aulo Persio Flaco (34-62) natural de Volterra, de una familia ecuestre, quedó huérfano, y después de haber estudiado seis años en su patria, fué á Roma á la edad de doce años, para cursar las lecciones de maestros que no sabían más que dar preceptos. Luego que hubo cumplido dieciséis años, Anneo Cornuto le enseñó la filosofía estóica y le presentó á Lucano, quien admiraba extremadamente los versos de aquel mancebo. Cuando murió apenas tenía veintiocho años. Cornuto publicó sus sátiras, suprimiendo lo que era defectuoso ó podía ofrecer peligro. Entonces excitaron una viva admiración, quizás en virtud de aquel sentimiento que induce á ver tantas esperanzas sobre el sepulcro de un joven. ¿Pero hubieran podido la experiencia y las correcciones hacer desaparecer de sus composiciones la abundancia vacía y afectada, ó darle imaginación, sin la cual no existe poesía?

Su libro forma un solo trabajo, que los gramáticos hubieron de dividir en seis discursos sobre asuntos morales, precedido el todo de algunas palabras por vía de prefacio. En el primero se burla de sus contemporáneos por la manía de hacer versos y por el mal gusto que acreditan en sus juicios. En el segundo señala la incoherencia frívola de los votos que incesantemente dirigen los mortales á los dioses. Reprende en el tercero á los jóvenes afeminados que tienen horror á toda ocupación seria. Asesta sus tiros en el cuarto contra la presunción, que induce á que todas crean capaces de llegar á los más altos empleos, y especialmente á regir el Estado. Examina en el quinto cual es el hombre verdaderamente libre, y deduce que es el sabio. Dirígese el último contra los avaros, que privándose de lo necesario, acumulan tesoros para herederos disipadores.

Persio había sido mimado por el estoicismo de las escuelas, que desdeñoso, no sólo de lo superfluo sino de lo necesario (75), tenía por crimen el acto más inocente, si no era aprobado por la razón (76); diciendo al hombre que no es libre porque tiene pasiones; condenando el refinamiento de la civilización, los vestidos elegantes, el uso de las «lanas de Calabria teñidas con una púrpura alterada; el uso de los perfumes; la extracción de la perla arrancada de su concha, y la reunión en encendida masa del metal que dormía en las venas de la tierra.» Había otros muchos vicios que anatematizar en su tiempo; un espantoso libertinaje; una repugnante bajeza en los pequeños, un lujo desenfrenado en los magnates, la infamia de los

(75) *Messe tenuis propria vive; et granaria, fas est,
Emole. Quid metuas? occa et seges altera in herbæ est.*

Sat. VI, 25.

(76) *Nil tibi concessit ratio; digitum exserte, peccas;
Et quit tam parvum est?*

Sat. V, 119.

delatores, el envilecimiento del Senado, la insolencia de los libertos, la decadencia general: esto era bastante para excitar una generosa ira en el alma de todo el que tenía el sentimiento del bien.

Persio no se apercibía de ello, atendido á que nada se le había dicho en las escuelas de semejante cosa, ni tampoco lo había leído en los libros. Pero habiendo oído decir en general que el siglo estaba corrompido, se impuso la tarea de manifestar su descontento en una discusión sumamente vaga, si bien metódica y completa, tal como podía hacerla encerrado en su gabinete, sobre argumentos establecidos de antemano, no sobre los que le hubiera irritado ó inspirado, si lo hubiera visto con sus propios ojos; diferente en esto de Horacio que, hombre de mundo, tropezándose con los hombres y tropezado por ellos, es siempre actual, sin que se pueda suponer que ha pensado el día antecedente en lo que derrama sobre el papel cuando el vicio ó la necesidad se encuentra en su camino. He aquí la razón porque Horacio os traslada á su terreno; personifica el vicio, le da un nombre, y opone en disposición de reconocerle en todas partes; á la par que Persio únicamente se atiene á las generalidades, á pinturas vagas, á costumbres, á escenas, á personajes indeterminados. Si por casualidad aspira á imitar los giros dramáticos de Horacio, se hace todavía más oscuro que de costumbre. Entonces es un verdadero trabajo aplicar á tal ó cual interlocutor las réplicas y los ataques: se necesita todo la paciencia de hábiles comentaristas, y Persio les ha suministrado asunto para ejercitarse en su estilo ambicioso que contrasta con la esterilidad de las ideas, mal disfrazadas con la extravagancia del lenguaje y la hinchazón de las palabras. Aquellos que pretenden hallarle mérito, suponen que atacaba á Nerón, y que este fué el motivo porque embozó su pensamiento. Extraño modo de censurar el de hacerse incomprendible. Por lo que á nosotros toca, permitiendo á los admiradores de Persio hallar sus exámetros más armoniosos que los de Horacio, nos adherimos al dictamen de San Gerónimo, que los arrojó al fuego á fin que las llamas iluminaran su oscuridad, y al de San Ambrosio, quien decía que no merecía uno ser leído cuando no quería hacerse comprender por los lectores (77).

(77) Cuéntase por el contrario que Lucano era entusiasta de Persio; Marcial decía:

*Sæpius in libro memoratur Persius uno,
Quam levis in tota Marsus Amazonide.*

Y Quintiliano (*Inst.*, VI.) «Multum et veræ gloriæ, quamvis uno libro, Persius meruit.» Lo cual no constituye después de todo más que uno de esos fallos prudentes que solía pronunciar aquel retórico acerca de sus contemporáneos, y que cada cual puede interpretar á su antojo, como estos conocidísimos versos de Boileau:

*Perse en ses vers obscurs, mais serrés et pressés,
Affecta d'enfermer moins de mots que de sens.*

Selis, su admirador apasionado, señala cuatro razones á

Sulpicia, mujer de Galeno, escribió una sátira (*De corrupto republico statu temporibus Domitiani*) cuando este emperador arrojó de Italia á los filósofos.

Poesía popular.—A más de la poesía de los literatos, generalmente adulatora y venal, había en Roma otra que podemos llamar democrática, libre expresión digna del desden á veces, y del aplauso otras, cuyos autores pasaban desconocidos, y que es la legítima antecesora de los modernos pasquines. Suetonio, inexorable recolector de anécdotas, conservó muchas sátiras de esa clase, y nosotros nos proponemos presentar de ellas un bosquejo que den idea mejor que las poesías aristocráticas de la época (78).

la oscuridad voluntaria de Persio, y la mejor es la alusión perpétua á Nerón, que ya hemos mencionado. Juan Gerardo Vossio la atribuye á que el estilo de este joven tan distinguido no respiraba más que grandeza, como su alma. El abate Garnier, tomo XLV de las *Memorias de la Academia de Inscripciones y bellas letras*, procura purgarle de todos los defectos que le achaca. Harris, padre de lord Malmesbury, dice que Persio es entre los clásicos el único escritor difícil, cuyas ideas merecen ser seguidas á través de las oscuridades en que están envueltas. También Delille le estimaba mucho, así como Monti, que le ha traducido, y Passow de Weimar, que le califica de uno de los talentos más privilegiados de la antigüedad clásica. Escaligero le llama «ostentator febriculosæ eruditionis, cætera neglexit.» Véase la obra de Nisard ya citada.

(78) Cuando César introducía muchos galos en el Senado, se cantaba por las calles:

*Gallos Cæsar in triumphum ducit, idem in curiam;
Galli bracas deposuerunt, latum clavum sumpserunt.*

Y cuando hacía algo tomando la mano al colega Bibulo: *Non Bibulo quidquam nuper, sed Cæsare factum est;*

Nam Bibulo fieri consule nil memini.

Al pié de sus estatuas se escribió:

*Brutus quia reges ejecit, consul primus factus est;
Hic quia consules ejecit, rex postremo factus est.*

Cuando Augusto al tiempo de la proscripción ambicionaba los vasos corintios, se escribió bajo sus estatuas:

Pater argentarius, ego corinthiarius.

Y aludiendo á su afán de jugar:

*Postquam bis classe victus naves perdidit,
Aliquando ut vincat, ludit assidue aleam.*

Y cuando Livia después de tres meses de matrimonio dió á luz á Druso:

Τοῖς εὐτυχῶσι καὶ τριμῶν παῖδία

«A los venturosos hasta les nacen hijos de tres meses.» Cuando dió aquel banquete de lasciva impiedad:

*Cum primum istorum conduxit mensa choragum
Sexque Deos vidit Mallia, sexque deas;
Impia dum Phabi Cæsar menâcia ludit,
Dum nova divorum canat adulteria;
Omnia se a terris tunc numina declinarunt,
Fugit et auratos Jupiter ipse toros.*

Más violento fué este contra Tiberio:

*Asper et immitis, breviter vis omnia dicam?
Dispeream si te mater amare potest.*

Y contra el mismo:

Non es eques. Quare? non sunt tibi milia centum;

Petronio, 66.—Los colores que pueden faltar á la vida doméstica de los romanos los suministra Petronio Arbitro, marsellés, en su *Satiricón*, en prosa y verso. Respecto de este autor no ha llegado á nosotros ninguna noticia, y solo por inducción se supone que era mayordomo de los placeres de Nerón. Su obra, de la cual quedan muchos oscuros y embrollados fragmentos, no permite columbrar la intención exacta del autor; solo se descubre la de bosquejar en obscuro estilo el libertinaje de su tiempo. Corruptor, al reprobar la corrupción, se exalta en la orgía hasta el delirio, como un hombre ébrio que va á exhalar el último aliento. Presenta á un ricachón de inmensa fortuna y de prodigioso fausto, rodeado de parásitos, de filósofos, de poetas, de todos los deleites infames que hacían execrable la corte de los magnates. Unos han pretendido ver en este personaje tan vanidoso como estúpido, que el autor llama Trimalción, una alusión al emperador Claudio, otros á su sucesor; nosotros nos inclinamos más á considerarle como el tipo ideal de tantos ricos desordenados como abundaban á la sazón en Roma (79).

*Omnia si quaras, et Rhodos exilium est.
Aurea mutasti Saturni secula, Cæsar:
Incolunt nam te, ferrea semper erunt.
Fastidit vinum, quia jam silit iste cruorem:
Tam bibit hunc avidè, quam bibit ante merum,
Adspice felicem sibi non tibi, Romule, Sullam;
Et Mariam, si vis, adspice, sed reducem:
Nec non Antoni, civilia bella moventis,
Nec semel infectas adspice cade manus.
Et dic, Roma perit, regnabit sanguine multo,
Ad regnum quisquis venit ab exilio.*

Zaherian el parricidio de Nerón los siguientes:
Νέρων, Ορέστης, Αλκμάων, μητρόκτονος
Νεονύμφων Νέρων, ἴδιαν μητέρ' ἀπέκτεινον
*Quis negat, Ena magna de stirpe Neronem?
Sustulit hic matrem, sustulit ille patrem.
Dum tendit citharam noster, dum cornea Parthus,
Noster erit Pæan, ille ἑκατηβέλετης.*

Sobre el inmenso edificio del Palacio de oro:
*Roma domus fiet; Vejós migrate Quirites,
Si non et Vejós occupat ista domus.*

El mismo dió Popea á Odón para que la guardase con el título de esposa y no otro; y habiendo querido aquel usurpar los derechos de marido, lo desterró. Entonces se escribió:

*Cur Otho mentito sit, quaritis, exsul honore:
Uxoris mæchus cæperat esse sua.*

Domiciano mandó que se arrancase la mitad de las viñas, pero se retractó en vista de los pasquines que decían: «Por muchas vides que destruyas, siempre quedará bastante vino para inmolarse á César.»

*Κάν με φάγης ἐπὶ ρίζαν, ὅμως ἔτι καρποφορήσω
Ὅσον ἐπισπείσαι Καίσαρι θυομένω.*

Es parodia de uno contra un chivo.

No pude consultar los *Versus indicri in Romanorum Cæsares priores olim compositi; collatos, recognitos, illustratos edidit* G. H. HEINRICH. Halle, 1810.

(79) Bajo el reinado de Luis XIV, Bussy de Rabutin y el abate Margón quisieron renovar el obscuro brillo del

Eumolpo, uno de los personajes puestos en escena, quiere enseñar á los convidados lo que debe ser el verdadero poeta: les dice que para esto no basta ensartar sonoras palabras en armoniosos versos, sino que conviene estar dotado de un talento generoso, evitar toda bajeza en la expresión y dar relieve á las sentencias. Llega á proponer como ejemplo una de sus composiciones sobre las causas de la guerra civil, crítica dirigida probablemente contra Lucano, que efectivamente en su composición se olvida de mencionarla. Después de haber reprendido en términos graves la corrupción de las costumbres (80) hace aparecer como máquinas épicas la Fortuna y el Infierno, que predicen las vicisitudes venideras; luego la Discordia que hace que vengan á las manos César y Pompeyo.

Apuleyo.—El *Satiricón* es la primera novela latina que conocemos; pero la de Lucio Apuleyo, cuya vida puede reputarse por sí sola como una novela, metió mucho ruido. Nacido en Madaura de Africa, de una buena familia, en tiempo de los Antoninos, estudió en Cartago, en Grecia y en Roma, donde aprendió el latín (81) con gran tra-

banquete de Trimalción. Cuéntase en el *Heliogábalo* ó *bosquejo moral de la disolución romana bajo los emperadores*, que algunos años antes se había dado por cierto personaje una comida de esta especie.

(80) «Ya el romano tenía bajo su yugo al mundo entero, y á pesar de esto aún no se sentía harto: andaba explorando por los golfos más ignorados, y si descubría una tierra que produjera oro, la trataba como enemiga. No tenían atractivo alguno para él los placeres conocidos del vulgo ni los deleites comunes. Sacaba púrpura de la Asiria, mármoles de la Numidia, sedas de la Sérica, perfumes de la Arabia. Dirigíase en busca de fieras á las selvas de los moros, y para proporcionarse marfil iba hasta cerca de Amnon al extremo de Africa. ¡Oh baldón! Se interrumpe la pubertad en los adolescentes para retardar la fuga de los años veloces; pero se ama á los mancebos, la muelle apostura de su enervado cuerpo, sus cabellos caídos, los nombres nuevos de los vestidos que sientan mal en un hombre. Se posee una mesa de limonero cuya madera fué cortada en el territorio africano, tropas de esclavos, espléndida púrpura: y se quiere adornar hasta el mismo oro.

La glotonería es ingeniosa: el escaro que nada en el mar de Sicilia, se presenta vivo sobre la mesa con las conchas arrancadas de las orillas del Lucrino. Ya la onda del Fasos queda despoblada de pájaros, y en la muda ribera solo las brisas murmuran en las desiertas ramas. No es menor la rabia en el campo; los quirites comprados hacen de sus votos un objeto de lucro, es venal el pueblo, venal la curia de los padres conscriptos; se paga el valimiento; no existe ya la virtud entre los ancianos, y el poder y la majestad yacen corrompidos por las riquezas de tal modo que Roma minada se vende como una mercancía y no puede rescatarse á sí misma.»

(81) Madaura era una colonia romana, y sin embargo Apuleyo, hijo de uno de los primeros magistrados municipales (*duumvir*), no comprendía una palabra de latín cuando llegó á Roma; tampoco su yerno hablaba más que la lengua púnica, y entendía un poco del griego, merced á su madre que era tesalina: «Loquitur nunquam, nisi punice: et si quid adhuc á matre græcisat latine enim neque vult,

bajo. Viajó asociándose á diversas cofradías religiosas (82), y pronunciando por todas partes discursos, según la costumbre de entonces. Nos han llegado algunos (*Florida*) tan ricos de erudición como pobres de crítica: en ellos está llevada la credulidad al exceso: no obstante, le valieron tal reputación, que muchas ciudades le erigieron estatuas. A fuerza de gastos se halló reducido á tal penuria, que queriendo que se le consagrara al servicio de Osiris, tuvo que empeñar hasta su manto para proporcionarse el dinero necesario. Sin embargo, se felicita por haber ingresado con los más distinguidos en el culto de este dios, á quien llama *Deum magnorum potior, et majorum sumus, et summus, et summorum maximus; et maximorum regnator*.

Entonces se ocupó en ganar dinero abogando causas, pero lo consiguió mejor casándose con Pudencia, viuda rica de 4.000.000 de sextercios. Acusáronle los padres de ésta de haberse conquistado su amor con ayuda de sortilegios; cosa poco verosímil por parte de un joven gallardo tratándose de una mujer de cuarenta años. Pero citado ante el procónsul de Africa se disculpó con una apología que nos ha quedado y es la extraña historia de las preocupaciones de entonces.

Su *Libro de Mundo* es una traducción libre del que se ha atribuido á Aristóteles: en otro titulado *De deo Socratis*, admite el ingenio del filósofo griego, y procura indagar á qué clase de demonios pertenecía. El *De habitudine doctrinarum et civitate Platonis*, es una introducción á las obras de Platón. Trata la primera parte de la filosofía natural; la segunda de la moral; la tercera del si-

neque potest. Véase la *Apología*. Esto desmiente á los que creen que el latín se hablaba generalmente en las colonias. Añádese que Apuleyo creyó hacer un esfuerzo prodigioso aprendiendo en Roma el latín sin maestro: «Quiritium indigenum sermonem ærumnabili labore, nullo magistro præunte, agressus excolui.» *El Asno de oro*.

(82) «Sacris pluribus initiatus, profecto nostri sanctam silentii fidem. *Metam.*—Sacrorum pleraque initia in Græcia participavi, eorum quædam, in signa et monumenta tradita mihi á sacerdotibus, sedulo conservo... Ego multijura sacra, plurimos ritus, varias cæremonias, studio veri et officio erga deos, dedici.» *Apología*.

logismo categórico. Supone que el mundo está formado de la reunión del cielo y tierra con sus naturalezas respectivas, y que la armonía es producida por la concordancia de los cuatro elementos con un quinto elemento de géaero divino. Dios no penetra ni llena el mundo, sino que le rige con su poder, y no puede ser más que uno. El supremo bien moral es Dios; la virtud, el espíritu puro; lo demás se reduce á accidentes.

Rico de conocimientos históricos, Apuleyo dista mucho de Luciano en la fecundidad de su talento, ó en la aptitud para penetrar el sentido de las doctrinas filosóficas, y para descubrir su lado ridículo. También es menos cuidadoso en su estilo; pues á la par que se halla en Luciano un aticismo, sino siempre puro, á lo menos siempre estimable, Apuleyo no cesa de hacerlos conocer como cada vez degeneraba en más bárbara la lengua romana, y cuan poco capaz era él de regenerarla con sus arcaísmos, con su estilo pretencioso, prolijo, obscuro, lleno de expresiones y de giros nuevos. Después de haber creído en la magia y en mil supersticiones de la misma especie, las puso en ridículo, aunque sin desprenderse totalmente de ellas, pues aunque en *las Metamorfosis* las satirice, estaba en la persuasión de que los demonios ejercían un poder inmediato sobre el hombre y sobre la naturaleza.

La idea del *Asno de oro* está sacada de Luciano, quien la tomara asimismo de Lucio de Patrás; pero el episodio de Amor y Psiquis es nuevo, y merece ser contado entre lo más perfecto que la antigüedad ha producido. La obscuridad del *Asno de oro* ha sido causa de que se interprete de distintas maneras, Vieron los paganos en Apuleyo un semidiós milagroso que se podía oponer á Cristo: luego en la Edad Media se propendió á buscar en su libro el secreto de la piedra filosofal. Por su parte los metafísicos hallaron una alusión al envilecimiento producido en el alma por el pecado, hasta que la gracia vino á rescatarla. Hay algunos que ven en él la intención de sacar del descrédito, en que habían caído, los misterios; pero no parece que esto pueda conciliarse con las abominaciones que revela. Justo es decir que el undécimo libro expone en toda su belleza los misterios de Isis y de Osiris, dándonos preciosas noticias.